



David Silva

Un campeón de mil rostros

COLECCIÓN
MIRADAS EN LA OSCURIDAD



COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
CENTRO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS CINEMATOGRÁFICOS
DIRECCIÓN GENERAL DE ACTIVIDADES CINEMATOGRÁFICAS
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL



David

Silva

Un campeón de mil rostros

Rafael Aviña



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2007

PRIMERA EDICIÓN: 2007

D. R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

CENTRO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS CINEMATOGRAFICOS
DIRECCIÓN GENERAL DE ACTIVIDADES CINEMATOGRAFICAS
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-970-32-3129-4

Impreso y hecho en México

Contenido

	Un campeón de mil rostros	11
1973. Un año que iniciaba. Una noticia perdida: simplemente mala suerte		11
	Nuevos galanes para un nuevo cine	15
	Regreso al pasado. Un 9 de octubre de 1917	17
	Locutor. Ingreso a Leyes y el cine como profesión	20
	1937. <i>La Zandunga</i>	24
	1938. <i>Hombres de mar</i> y <i>La casa del ogro</i>	31
	De extra a líder sindical. El cine por las Leyes	37
	1939. Surge un nuevo galán	39
1941. David y <i>El Indio</i> Fernández. <i>La isla de la pasión</i> y <i>Soy puro mexicano</i>		41
	De extra a galán romántico. Sus películas: 1941 a 1944	45
1944. <i>La culpable</i> , erróneamente atribuida a David. Estancia en Hollywood.		
	Una boda frustrada. Muerte de Lupe Vélez	50
1944-1945. <i>Kid Terranova</i> : una nota entre muchas. Regreso a México		58
	1945. <i>Campeón sin corona</i>	67
	El impacto de <i>Campeón sin corona</i> . La noche de los Arieles	71
1946-1948: sus otras películas. Entre el cielo y el infierno: la pasión manda		74
	1948. <i>Han matado a Tongolele</i>	86
	1948. David Silva: héroe urbano del cine de Galindo	93
	1948-1951. El alemanismo y el ascenso social. <i>Una familia de tantas</i> y otras películas	96
1949-1952. La otra ciudad arrabalera: vecindades y barriadas		106
	1949-1952. Cine negro y policiaco de arrabal	110
	1952. <i>Huracán Ramírez</i> . La lucha libre llega al cine	123
23 de febrero de 1952. David y Paquita Estrada contraen matrimonio		130
	1952. Viaje a Cuba: <i>Casta de roble</i>	134
1953. El caso de <i>Reportaje</i> : otra película atribuida a David Silva		
	en la que no aparece	135

1953. <i>Espaldas mojadas</i> . La épica del bracerismo	139
1953. <i>Este mundo en que vivimos</i> (Los Fernández de Peralvillo).	
El otro rostro del ascenso social	141
1953-1956. Negocios buenos y malos. El cine del destape. Regreso	
a Estados Unidos: <i>The First Texan</i>	144
1956-1960. <i>Esposa te doy</i> y el cine dedicado a los jóvenes al lado	
de Alejandro Galindo	149
1958-1959. El fin de una era. Los directores le niegan	
la entrada al gremio	155
1960-1961. David, actor de carácter. El cine social: <i>Y Dios la llamó Tierra</i>	163
1960-1964. David y el cine policiaco. Medalla Virginia Fábregas	164
1960-1965. Cine de horror y comedias fantásticas	171
1960-1965. <i>Los hermanos Del Hierro</i> . El western	
y su participación en el cine de caballitos	179
1962-1965. La ciudad proletaria y el cine social. Gazcón y Rodríguez	182
1965-1970. La serie de <i>El Texano</i> . Más westerns violentos	185
1962-1970. <i>Huracán Ramírez</i> , <i>Mil Máscaras</i> , <i>Blue Demon</i>	
y <i>Tinieblas</i> . David y el otro cine de luchadores.	187
1969. Un giro inesperado: <i>El Topo</i> . Jodorowsky y el cine pánico	191
1970-1972. El crepúsculo: David y Alejandro Galindo.	
Un accidente previo	196
1970-1972. David y los nuevos directores del cine echeverrista	199
1971-1972. David, actor de culto. Más cine pánico: Corkidi,	
López Moctezuma, Alcaraz-Leder-Urías y Jodorowsky	202
1973-1975. David pierde una pierna, mas no su entusiasmo	
ni su profesión: <i>Alucarda</i> y <i>La Sala</i>	206
Marzo-abril de 1976. <i>Los albañiles</i> . Su última película	210
Mayo-septiembre 20 de 1976. La agonía de David	217
Martes 21 al jueves 23 de septiembre de 1976. David deja	
este mundo, pero su recuerdo permanece	221
Lunes 27 de septiembre de 1976. El periodista Manuel Suárez Valles	
recuerda a David, su amigo	224
Voces alrededor de David: el amigo, el compañero	228
5 de diciembre de 1979-11 de mayo de 1980. Muertes de Paquita Estrada	
y Fernando Soto <i>Mantequilla</i>	235
Breve epílogo. El aquí y el ahora de un hombre	
cuyo espíritu no prescribe	238
Filmografía	249
Agradecimientos	261

El trabajo de investigación y ejecución de este libro se realizó gracias al invaluable apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Para las primeras figuras de mi cine particular:
Rai, Oli y Evita.

A mis padres y abuelos, que vivieron la mejor época de David.

A una nueva generación de cinéfilos dispuestos a sumergirse en nuestro pasado.

Oli y Rai: el mundo está ahí, esperando que se lo coman a puños.

Fe, constancia y esfuerzo: no olviden ese equipaje.

Evita: tu amor es la fuerza que nos sostiene.



Un campeón de mil rostros

1973. Un año que iniciaba. Una noticia perdida: simplemente mala suerte

Arrancaba 1973. El optimismo de un nuevo año era capaz de mantener la fe en los acontecimientos celebratorios de 1972 y borrar las imágenes más dolorosas o incómodas del pasado. Para el primer día del año de 1973, los mexicanos habían aprendido a ayudar un poco, aflojando un foco, según rezaba una de las más exitosas campañas del Consejo Nacional de la Publicidad. Asimismo, los mexicanos en edad de merecer, teníamos en los labios la letra de Carlos Blanco –con la ronroneante voz de Víctor Iturbe *El Pirulí*–, y en la mente el hermoso rostro de *Verónica* (Castro)...: “Verónica, extraño tu voz, cuando no estás junto a mí. Verónica, te quiero deciiiiiiirrrr. Que te extraño tanto, que no puedo más. Que te quiero tanto... amor. Quiero, tus ojos miraaaaaaaar. Quiero, tu boca besaaaaaar...”

El anuncio de la universidad abierta que daría cabida prácticamente a 30 millones de mexicanos, entre obreros, empleados y campesinos que por diversas causas no tuvieron acceso a cursar estudios superiores en la UNAM, era ya una realidad. La muerte de Francisco Javier Chapa del Bosque, mejor conocido como *Profesor Zovek*, ocurrida en Cuautitlán, Estado de México, era una tragedia digna de seguir comentando casi un año después. El mentalista, telépata, acróbata, efímera estrella cinematográfica de 32 años, protagonista de sólo dos películas: *El increíble Profesor Zovek* y *La invasión de*

los muertos, dirigidas por René Cardona, acompañado de Germán Valdés *Tin Tan* y *Blue Demon*, respectivamente, había representado, sin duda, lo más cercano a un *Houdini* mexicano.

De su extraño accidente surgieron muchas interrogantes: había caído desde 15 metros de altura, ante más de 1 500 espectadores, niños en su mayoría, mientras se balanceaba en el aire, atado de un cable sostenido por un helicóptero que piloteaba el capitán Merino. Se dijo que aquello fue un atentado, corrían rumores de que *Zovek* había sido el entrenador de los *Halcones*, protagonistas del *Jueves de Corpus* de junio de 1971. No obstante, lo que nadie olvidaría serían sus miles de abdominales ejecutadas en vivo en el programa conducido por el extinto Raúl Velasco, *Siempre en domingo*.

Para los mexicanos que iniciaban con confianza el año de 1973, los sucesos del frente asiático, la pesadilla de Vietnam que tantas bajas causaba día a día al ejército estadounidense, era algo muy lejano, no así los destrozos a la estatua de *La Piedad*, obra religiosa de Miguel Ángel, en el Vaticano, por un maniático húngaro de nombre Laszlo Toth, o el asalto terrorista en la Olimpiada de Munich, donde perdieron la vida varios atletas judíos, al igual que la muerte del guerrerense Genaro Vázquez Rojas, a quien la prensa trataba de “gavillero y sanguinario asaltante”. Todo ello, en medio de estrenos cinematográficos como los de *Los diamantes son eternos* que marcaba el regreso de Sean Connery al personaje de James Bond, *El padrino*, *La aventura del Poseidón*, *Cabaret*, *Teorema*, *Kalimán*, *el hombre increíble*, *El fantástico mundo de los hippies* o *Tacos al carbón*.

Temas musicales como los de “Rosas rojas” con Massimo Ranieri, “Pastelito americano” con Don McLean, “Solo otra vez” con Gilbert O’Sullivan, “Amor infantil” con Donny Osmond, “No se ha dado cuenta” con Roberto Jordán, “No tengo dinero” con Juan Gabriel y “Miénteme” con *El Piruli*, así como telenovelas como *La gata*, con María Rivas y Juan Ferrara, y exitosos programas de tv como el de *Sube, Pelayo sube* que transmitía el Canal 2 a partir de las 7:45 de la noche, eran para los mexicanos de ese enero de 1973, asuntos de un pasado inmediato.

Junto con *Zovek*, se habían ido a la fosa del olvido otras personalidades del cine nacional como Yerye Beirute, costarricense afianzado en nuestra cinematografía, que había destacado abriendo tamaños ojotes e interpretando siempre el papel del loco, el idiota, el villano o el científico oligofrénico, con su cabello crespo y su mirada penetrante, en *El chismoso de la ventana*. También

José Torvay, Rodrigo Ampudia de los Tex Mex, el galán español Jorge Mistral y Salvador Carrasco, célebre por su personaje radiofónico de *El monje loco*, según lo indicaba el periódico *Cine Mundial*, que incluía un fotorreportaje de la preciosa y bien formada Rebeca Silva, lanzada al estrellato por dicho diario y que en breve escandalizaría por sus desnudos en la pantalla grande.

La producción filmica nacional de 1972 cerraba el año con una coproducción mexicano-ecuatoriana: *Santo contra los secuestradores*, dirigida por el artesano Federico Pichirilo Curiel, en la que Rodolfo Guzmán Huerta, *el enmascarado de plata*, se trastocaba en mito del pancracio y en hábil agente de la Interpol y del FBI, al lado de la voluptuosa vedette Rossy Mendoza, y la industria reanudaba actividades el 8 de enero de 1973 con *El juicio de Martín Cortés*, dirigida por Alejandro Galindo, con Juan Peláez, Gonzalo Vega y Soledad Acosta. Justo ese día, la prensa destacaba la inusitada fusión de Telesistema Mexicano, S. A., y Televisión Independiente de México, que operarían conjuntamente los canales 2, 4, 5 y 8, monopolio de la imagen que pronto cambiaría su nombre al de Televisa.

No obstante, ese día 8 de enero, no todos los mexicanos recibían el año con optimismo. Y aunque la fe, el amor, la esperanza, la zozobra, el miedo, los rezos y los desvelos, se habían convertido en una suerte de bálsamo cotidiano para sobrevivir, la ex actriz de teatro y vodevil Paquita Estrada, retirada hacía más de dos décadas del ambiente, sufría en silencio una espera angustiosa. Su marido, el veterano y extraordinario actor David Silva, protagonista de *Campeón sin corona*, *¡Esquina bajan!* y *Espaldas mojadas*, se encontraba internado desde días atrás en el cuarto 508 de la Clínica de la Asociación Nacional de Actores, afectado por problemas circulatorios que se habían agravado, no sólo por su fuerte adicción al tabaco, sino debido a unas hemorragias internas provocadas por severos golpes en las piernas ocurridos hacia 1968 y 1971.

A pesar de la gravedad de la situación, del avanzado estado de gangrena que sufría su pierna derecha y lo que parecía un inminente desenlace, David Silva no perdía la fe ni el entusiasmo ni la sonrisa. Bromeaba con Paquita, con los médicos y enfermeras que lo atendían y celebraba que su viejo amigo, el cineasta Alejandro Galindo, quien lo había dirigido en sus mejores películas, empezara el año filmando, al tiempo que revisaba la cartelera de cine para asistir en cuanto lo dieran de alta: *Reed*, *México insurgente*, *Ángeles y querubines*, en la que había participado bajo la dirección del debutante

Rafael Corkidi, *Melody*, *Amigos*, *El boxeador chino*, *Bikinis y rock*, *4 moscas sobre terciopelo gris*, *Trash* o la polémica *El cuerpo*, que se exhibía únicamente en la Sala Buñuel.

Cuatro días después, el viernes 12 de enero de ese año de 1973, aparecía una noticia perdida en los diarios capitalinos, una nota a la que curiosamente los periódicos no le habían dado mayor relevancia. El día 10 le había sido amputada la pierna derecha al protagonista de *Ventarrón* y *Manos de seda*. No había otro remedio. En *Cine Mundial*, el único periódico de entonces dedicado al medio del espectáculo, mostraba un montaje fotográfico con varios rostros del actor, acompañado de una breve declaración del mismo: “Perdí la pierna y salvé la vida”. El 10 de enero de ese 1973, Paquita Estrada había leído por casualidad la sección de horóscopos de *El Universal*: “Su suerte para hoy”. La predicción para David, del signo Libra, decía: “Jornada fácil. Continuaciones, esfuerzos reconocidos, afectos. Probablemente incurrirá en algunos excesos...”

Días después, David Silva declararía con firmeza y sin lamentaciones: “Simplemente, fue mala suerte”, y vaya que la suerte, el azar y el destino acompañaron en inesperados trayectos al actor. David Silva empezó como extra en 1937, dos años más tarde, se había transformado en un exitoso galán de la pantalla. En una de sus primeras y brevísimas apariciones figuró entre la *bola*, en el rodaje de *La Zandunga*, y trabó amistad con la hermosa mexicana afincada en Hollywood y protagonista de la cinta, Lupe Vélez. Gracias a ese azar, logró irse a Hollywood, pero sólo estuvo ahí unos cuantos meses. De nuevo, la caprichosa fortuna lo favoreció estando allá, al conocer una noticia de su querido México: la filmación de *Kid Terranova* que en breve produciría Raúl de Anda, inspirada en la vida de Rodolfo *El Chango* Casanova. David no lo dudó y desde Hollywood localizó a De Anda para solicitarle el papel que lo consagraría y que ya estaba asignado a Abel Salazar.

¿Fue simplemente suerte? El azar lo llevó a arrebatarse a Salazar el protagónico de *Campeón sin corona* con el que obtendría su mayor triunfo y el Ariel al Mejor Actor. La suerte lo colocó bajo las órdenes de quien sería su cómplice y realizador de cabecera, Alejandro Galindo. El azar lo llevó de galán a villano y de ahí a héroe urbano de un México en ascenso. La suerte lo envió a Cuba y de nuevo a Estados Unidos y otra vez a México. El destino, su entusiasmo y la fe en su profesión, lo llevaron a aceptar todo tipo de papeles, incluso a trabajar con los directores más polémicos y marginados

de la industria, como Alejandro Jodorowski, Juan López Moctezuma, Pablo Leder o Rafael Corkidi y con una nueva generación de cineastas, surgida de las recién formadas escuelas de cine: José Estrada, Arturo Ripstein, Felipe Cazals, Alberto Bojórquez y Jorge Fons. La suerte le arrebató primero una pierna y luego la otra y ese mismo azar, unido a su esfuerzo, su trabajo y su espíritu de lucha, lo convirtieron en un actor de culto, una leyenda que merece ser rescatada de un injusto anonimato, en una época donde la historia patria y la cultura popular constituyen un asunto olvidado, sepultado bajo paletadas de globalización e ignorancia.

Nuevos galanes para un nuevo cine

En una época en la que los héroes de la pantalla valían por su impacto erótico y su presencia romántica, David Silva supo combinar ambos aspectos con un increíble tono de desdén. A fines de los años treinta, los rostros de figuras como Gary Cooper, Robert Taylor, Ronald Colman, Tyrone Power, Errol Flynn, Clark Gable, Cary Grant o Charles Boyer, se sumaban a la de galanes de nuestro cine, que quebrantaban la respiración y hacían suspirar a las jovencitas y damas de edad que formaban largas filas en aquellos atrios del espectáculo, donde se veneraba religiosamente a nuevos y viejos *dioses*, cuyo impacto místico iniciaba justo en las afueras de aquellas catedrales filmicas como el Balmori, Briseño, Rívoli, Edén, Roxy, Alameda o el Encanto, mientras admiraban los carteles y fotomontajes que publicitaban tal o cual película.

Aquellas mujeres, y muchos hombres también, no dudaban en invertir 50 centavos en magazines como *Cine*, “Una revista mexicana para la cinematografía mundial”, que dirigía por aquel entonces José Pagés Llergo para Editorial Hoy, como parte de un ritual donde se buscaba comulgar en compañía de nuevos rostros que surcaban el firmamento de sueños ilusorios que duraban poco menos de dos horas. Así, al lado de Pedro Armendáriz, Arturo de Córdova, Emilio Tuero, Julián Soler, Tito Guízar, Ramón Armengod, Ramón Pereda o Raúl de Anda, se sumaba el incipiente galán David Silva, quien se había convertido muy rápido en fulgurante estrella fílmica imponiendo primero una personalidad alegre y despreocupada que muy pronto se volvería recia, irónica y seductora.

De hecho, había recibido su primera oportunidad estelar en pareja con Alicia Phillips –esposa del fotógrafo Alex Phillips–, en *Viviré otra vez* (1939) de Roberto Rodríguez, con Adriana Lamar, Joaquín Pardavé y Ramón Armengod. Se trataba de un melodrama romántico que obtuvo buenos comentarios de público y crítica, con el que *Cinema Reporter* auguraba: “El galán joven David Silva, va a conquistar muchos corazones...” Aunque en la misma revista, pero varios años después, el inteligente y obsesivo columnista José María Sánchez García escribía en su columna *Apuntes de crayón*: “Desde su indiscutible triunfo en *Campeón sin corona*, viviendo la parte de un conocido pugilista mexicano, las acciones de David Silva se cotizan más alto, ya que en ese filme reveló insospechadas dotes histriónicas que dieron al traste con su fama de galán frío e indiferente...”

La primera escena en la que aparece David Silva en *Viviré otra vez*, donde encarna a José, un joven que es abandonado cuando niño y recogido por una buena y adinerada familia, luce muy elegante, de traje, haciéndose el gracioso y llevándole dos regalos a la protagonista que se crió con ella, hija de sus padres adoptivos. La película se basa en una canción que él mismo compuso y un perrito pequinés. Silva extrae un violín y toca la melodía. Lleva el cabello ligeramente largo y sin vaselina y en verdad actúa con deficiencia. Masculla entre dientes, luce una sonrisa “de sueño”. Habla monótonamente, casi recitando, y se ve muy jovencito, aún sin el gesto endurecido, o el carácter que vendría con los años, donde se foguearía con notables actores. Parece tan sólo uno más de esos “galancitos” simpáticos de la época, de los muchos que se quedaron en promesa y se ahogaron en el caudaloso río de una industria fílmica capaz de reinventar o relegar leyendas.

En efecto, a David, al contrario de los comentarios de sus fervientes admiradoras, se le acusó en un inicio de ser únicamente un galán “cara de palo”, por su incipiente inexpresividad, que poco a poco moldeó, superándose hasta convertirse en un actor apreciable, precisamente en el momento en que tiraba por la borda los papeles de galán romántico y unidimensional, para apostar por personajes realistas y cotidianos, entresacados de los barrios populares y de profesiones más humildes y diversas, donde resultaba inimaginable lucir “carita” y estrenar “tacuche” de casimir. Relata el notable periodista fílmico Enrique Rosado, en el prólogo de la revista *Somos* dedicada al actor (octubre de 1999), que David se ganó la fama de conquistador y siempre estaba rodeado de hermosas mujeres.

Al parecer, las jóvenes estudiantes de una escuela muy cercana al domicilio de David, en la esquina de Ramón Guzmán y Edison, desfilaban frente a su casa, “en la que, en el primer balcón de la izquierda, se leía el nombre de ‘David Silva’, precedido por la leyenda ‘Maestro de canto’, profesión del papá del joven actor”. Asimismo, “varias admiradoras trataban de conseguir su autógrafa en la cafetería del hotel Regis –situado en avenida Juárez–, a la que David asistía con frecuencia” ... Pero a fin de cuentas, ¿quién fue David Silva?

Regreso al pasado. Un 9 de octubre de 1917

Boxeador, chofer de autobús, bracero, luchador enmascarado, vendedor de aspiradoras y de máquinas de oficina, soldado patriota, fontanero, payaso, ladrón, presidiario, agente de tránsito, gángster, “cinturita”, obispo, lascivo coronel o villano con monóculo, David Silva fue todo eso y más en las pantallas de un México perdido en la nostalgia. Un hombre que supo mantener a lo largo de 120 películas una personalidad atrayente e inquietante, ya sea como galán, antihéroe, comparsa en sus primeros trabajos para el cine o en sus papeles de apoyo, incluso cuando una mala jugada del destino lo dejó sin una pierna y aun así encontró personajes a su medida en *Alucarda, la hija de las tinieblas* y en *Los albañiles*.

Corría el año de 1917 que abría con la promulgación de la nueva Constitución Política mexicana y con el ascenso al poder de Venustiano Carranza, nuevo presidente de la nación. Estados Unidos votaba la guerra contra Alemania y el primer desembarco llevaba como comandante en jefe al general Pershing. En ese año, San Jenis, “La casa proveedora de los elegantes”, ubicada en la avenida 16 de Septiembre núm. 74, promovía anuncios como éste: “No será usted un buen diputado, si no estrena un sombrero de San Jenis”. En contraste, se aseguraba que “La muchacha que quiera novio”, tenía que usar el Brillantín Tenorio, el dentífrico de moda y se pedía que: “Exíjase el envasado en tubo de madera y perfumado”.

En 1917, un traje de casimir le costaba a don David Silva Ramírez –cantante de ópera y a su vez alumno del gran Enrico Caruso– cerca de 17.50

pesos si aprovechaba las ofertas de El Palacio de Hierro, S. A., en la avenida 20 de Noviembre y para su esposa, la señora Aída Guglielmetti Travesí, hija de suizo-italiano y francesa, originaria de San Francisco, California, y entusiasta del *bel canto*, unas medias negro diamante las podía adquirir en 8.50 pesos en La Reforma del Comercio, en Tacuba y Monte de Piedad, en un año en el cual, el periódico *El Universal* convocaba al curioso concurso de “¿Cual es la obrera más simpática?”, donde participaban las bellas –y no tan bellas– y entusiastas jóvenes proletarias de un país que todavía se encontraba a medio camino de la violencia social y la inestabilidad política y en un ambiente típico de la *belle époque* y la modernidad europea, promovido por burgueses alejados de la realidad nacional, como quizá lo eran la familia Del Hoyo, los Morfín Delorme o los Laborde, entre muchos otros asistentes a la partida de la tradicional “Torta de Reyes”, en el Five O’Clock Tea que promovía el Salón Bach en avenida Madero núm. 32.

El 8 de junio de ese año de 1917, se había estrenado en el Salón Rojo la que está considerada como la primera película de largometraje y de ficción del cine mexicano: *La luz. Tríptico de la vida moderna*, producida ese mismo año por Maux Chavet, con dirección artística de J. Jamet, protagonizada por la célebre Emma Padilla y Ernesto Agüeros y con fotografía de Ezequiel Carrasco. Se trata de un relato de corte amoroso que incluye escenas en San Ángel, Xochimilco, los Viveros de Coyoacán y Chapultepec. Ese año se vieron igualmente *En defensa propia*, *En la sombra* y *La soñadora*, las tres escritas y protagonizadas por Mimí Derba, actriz de teatro y vodevil y figura importante del cine mexicano sonoro en las siguientes tres décadas.

Luis Reyes de la Maza, en su libro *Salón Rojo (Programas y crónicas del cine mudo en México. 1895-1920)*, UNAM, 1968, cuenta que en “marzo de 1917 el Ayuntamiento de la capital elevó los impuestos a los salones cinematográficos y a los teatros, por lo que los defensores de éstos protestaron airados pidiendo que sólo a los cines debía cargarse fuertes gravámenes por el daño que ocasionaban, y no al teatro, que sólo trataba de educar al pueblo”. Y comenta también que sólo el género de revista atraía al público con sus gozosos espectáculos de bataclán, con figuras como las de Lupe Rivas Cacho, María Conesa, Celia Montalván y Leopoldo El Cuatezón Beristáin.

Y en ese ambiente donde el cine aún no era un espectáculo por excelencia, nació un 9 de octubre de 1917 en la ciudad de México, el niño David Silva Guglielmetti. Justo ese día se anunciaba que la Compañía Azteca Film

acababa de contratar al poeta y prosista Efrén Rebolledo, para hacerse cargo de la dirección artística de la compañía dirigida por el cineasta Enrique Rosas y la actriz y argumentista Mimí Derba, de quien el cronista Hipólito Seijas –citado por Helena Almoina en su libro *Notas para la historia del cine en México. Tomo 1* (UNAM, 1980), y por Manuel González Casanova en *Por la pantalla. Génesis de la crítica cinematográfica en México 1917-1919* (UNAM, 2000)– escribía, justo ese 9 de octubre de 1917, día de San Juan Leonardi:

Mimí, esta simpática mujercita que ha desarrollado un esfuerzo sobrenatural con la creación del cinematógrafo en México, pensaba también en sus adentros, lo que le estaba contando. Regresamos a la ciudad. El sol calentaba como en verano. El final del otoño hacía que las ruedas de los autos atropellaran infinidad de hojas por las calzadas y Stracciari, el tipo vizcaíno, seguía riendo a carcajadas dentro de su coche...

Pese a algunos datos que aseguran que David Silva nació en Torreón, Coahuila, entre ellos los que aporta el periodista y crítico José María Sánchez García en *Cinema Reporter*, 15 de marzo de 1947, el actor llegó al mundo en la ciudad de México, como él mismo se lo confió a Ximena Sepúlveda, quien lo entrevistó los días 19 y 23 de septiembre de 1975, dentro del Programa de Historia Oral DEAS-INAH, para aquella extraordinaria y trunca colección denominada *Cuadernos de la Cineteca Nacional (Testimonios para la historia del cine mexicano) Núm. 2*, que coordinaba Eugenia Meyer. Silva se crió en un ambiente propicio al desarrollo artístico y se convirtió en viajero trashumante desde la infancia debido al trabajo de su padre, célebre bajo barítono de las compañías de ópera San Carlos y Metropolitán y posterior maestro de canto.

Cuando Caruso viajó a México en 1919, procedente de Estados Unidos, terminó llevándose al padre de David y éste a su vez a su esposa y a su hijo, quien no cumplía aún los dos años. Enrico Caruso había llegado a la ciudad de México por primera y única vez, a la estación de trenes de Buenavista, el lunes 22 de septiembre de ese año. El napolitano y “rey de los tenores”, como se le conocía, llegaba acompañado de la internacional soprano mexicana Adda Navarrete, oriunda de Yucatán, de Genaro Papí y del bajo David Silva. Junto con ellos, abordó un automóvil que los condujo directamente a la residencia de Mariscal de Limantour en las calles de Bucareli, donde se hospedaría.

Los recitales de Caruso y de su compañía se llevarían a cabo en el Teatro Iris –a 20 pesos el boleto en luneta–, así como en la ya desaparecida Plaza El Toreo en la colonia Condesa –hoy se ubica ahí El Palacio de Hierro–, donde los precios de entrada más bajos se habían fijado en seis pesos. Una semana después daría inicio el primero de sus conciertos y un día antes, vestido de charro, con todo y sombrero, Caruso había asistido a una kermés ofrecida por los Caballeros de Colón, donde, se sabe, comió quesadillas y tortas y en la que asistió también don David Silva Ramírez, padre de David.

David Silva declaró, en una entrevista con Ximena Sepúlveda, cómo habían sido los viajes con su padre:

Vine al mundo prácticamente rodeado de música, ejecutantes y toda clase de artistas. Durante mi infancia viajé con mi padre a varios países, pero en calidad de bulto: yo estaba muy chiquito, viajaba a muchos lugares y mi madre y yo lo acompañábamos. Después, él se retiró de la ópera y nos establecimos en México. Hice mis estudios en esta ciudad: escuela primaria, secundaria, preparatoria y finalmente, en la Universidad me inscribí en la carrera de Derecho.

Fanático del vaquero *Tom Mix* y su caballo *Malacara*, cuyos seriales de aventuras David disfrutaba desde chamaco en cines como el Rívoli, Odeón y Capitolio, también lo fue de las cintas épicas de Douglas Fairbanks: *La marca del Zorro* y *La máscara de hierro* y de Ramón Novarro, estrella de *Ben Hur*. Silva estudió en el Colegio Franco-Inglés, ubicado en Puente de Alvarado, y más tarde en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la UNAM, la que abandonaría después para seguir una de las más largas y exitosas carreras cinematográficas.

Locutor. Ingreso a Leyes y el cine como profesión

David, cuyo primer trabajo fue vender automóviles, de donde le surgiría su enorme afición por ellos, inició su carrera artística ante los micrófonos de la radio de una manera muy similar a la de Arturo de Córdova. De hecho, David aparecería como extra en *La casa del ogro* que protagonizaba De Cór-

dova en 1938 y 12 años después, el propio David sería la estrella de la segunda versión de ésta, *Casa de vecindad* (1950), en el papel que había hecho Arturo. Así entre 1935 y 1938, David trabajó en radiodifusoras como la XEW, XEB y XEQ, así como la CBS de Estados Unidos, donde fue llamado por su bien timbrada voz, que heredó con seguridad de su progenitor, maestro de varias cantantes famosas.

En la segunda mitad de la década de los treinta, la XEW, “La voz de la América Latina desde México”, competía con la XEB, estación de la compañía cigarrera El Buen Tono. En esa época, se promovía la “zona de los parques” de la colonia Industrial: “Invierta sus billetes en un lote de esta hermosa zona y tendrá usted la mejor de las alcancías”. Abundaban los anuncios de Instantina contra los dolores y resfriados, que fabricaba los Laboratorios Bayer, o anuncios como los de la pasta dentrífica Ipana: “Parece mentira. Una joven encantadora, simpatiquísima, pero... sus dientes opacos y encías delicadas demuestran que tiene Cepillo Rojo”; “Sonría con los trovadores Ipana en la XEW, los lunes a las 9:30 p. m.” O también avisos como los de High Life en Madero y Gante: “No tema enfrentarse a la lluvia, llevando uno de nuestros impermeables Trinchera”.

En ese contexto, el joven David Silva, siempre bromista y alegre, tuvo facilidad para colocarse detrás de los micrófonos, gracias al apoyo de personalidades como Arturo Ernesto Manrique, *El Panzón Panseco*, quien además de estupendo comediante y *skechista*, había participado en películas como *La mujer del puerto* con Andrea Palma. Silva colaboró en algunas dramatizaciones de la XEB al lado de la actriz Pura Córdova y del actor y futuro galán en México y Hollywood, Ricardo Montalbán. Después, sería *Panseco* quien se llevaría a David Silva a la XEQ, como lo indican Jesús Flores y Escalante y Pablo Dueñas, en *Somos* (octubre de 1999), “donde tuvo ya presencia como locutor de cabina y una peculiar participación en el programa estelar *El rancho del edén* (aquel de la Banda de Huipanguillo), al lado de José Ángel Espinosa Ferrusquilla, donde hizo ‘voces de indito’”.

Los asistentes que ocupaban la butaquería y el público que seguía la transmisión desde su hogar, asistían a la desparpajada celebración de una añoranza de lo rural, la representación humorística de la tierra idílica en esta ciudad problemática y traicionera, con actores como Abel Cureño, *El Naranjero*, que pregona “¡Hay naranjas...!” al tiempo que la voz engolada de un locutor interrumpía: “Sí. Hay naranjas, pero dentro de una botella de Misión Orange”.

el refresco de moda que patrocinaba la emisión, cuyos libretos los escribía Pedro de Urdimalas, autor de la letra de “Amorcito corazón” y dialoguista de la saga de *Nosotros los pobres* y de *Los olvidados*, quien trabó fuerte amistad con David Silva, misma que continuaría en el ámbito de la pantalla grande.

Asimismo, en la XEQ encontró un gran amigo en la figura del robusto e imponente Emilio Balli, gerente de la radiodifusora que se localizaba en la calle de José María Marroquí núm. 11, en la parte superior del Teatro Alameda. Por aquel entonces, David, un empedernido cinéfilo que trataba de no perderse estreno alguno, asistió a la “solemne inauguración del gran Teatro-Cine Hipódromo”, el 11 de abril de 1936, un Sábado de Gloria, por cierto, en la esquina que forman las avenidas Revolución y Jalisco. El inmueble del arquitecto Juan Segura se estrenaba con la película alemana *Las quiero a todas*, protagonizada por Jan Kiepuck, el mejor tenor del mundo, según la publicidad de Cine Alianza Mexicana, donde cantaba “las inmortales arias de Rigoletto y Marta”.

La luneta costaba 1.50 pesos y además se exhibía *Ojo por ojo*, con Laurel y Hardy, *El Gordo* y *El Flaco*, ese mismo día. Los titulares de los periódicos del país anunciaban el inminente destierro de Calles y Morones y en los avisos de ocasión se podían encontrar *pequeñas joyas*, como: “¡Alto aquí! Leonardo H. Jonás. Hipnotista, profetizador y Glafira Canto, hipnotista yucateca. Con nuestras fuerzas cerebrales unidas, arreglamos rápidamente asuntos entre novios, esposos o amantes. Véanos o escribanos. Consulta Gratis. Honduras 14-B, Altos I, México”.

Pocos meses después y con 19 años cumplidos, David ingresaba al cine por pura curiosidad, mientras hacía el papeleo de rigor para ingresar a la Universidad. Ahí, muy quietecito, en medio de centenares de extras que cobraban cinco pesos diarios sin límite de tiempo, mostrando una “sonrisa Colgate”, admiraba a los grandes histriones de la época: Fernando Soler, Arturo de Córdova, Joaquín Pardavé, Rafael Falcón, Lupe Vélez, Esther Fernández, Vilma Vidal y María Luisa Zea. Corría el año de 1937 y David no sabía que en poco tiempo compartiría estelares con varios de ellos, al tiempo que daba el adiós a su incipiente carrera como abogado. En la misma entrevista con Ximena Sepúlveda señaló:

Ya me disponía a asistir a la Escuela de Leyes, cuando un grupo de compañeros, que habían trabajado de extras en algunas producciones, me animaron a

imitarlos, pero sin ser muy explícitos. Me dijeron: Fíjate que fuimos a trabajar de comparsas en las películas y el ambiente de los estudios filmicos está muy simpático. Trabajaba en el cine mucha gente a la que yo había admirado en el teatro, como Sara García, Fernando Soler, Domingo, Julián, inclusive, las hermanas Blanch. A todos ellos los había visto en el escenario, porque mi padre, muy aficionado al teatro en general, siempre me llevaba consigo cuando estrenaban comedias, desde que era yo muy pequeño.

Los primeros días de enero de 1937, David había acompañado a sus amigos a los impresionantes Estudios Clasa (Cinematográfica Latinoamericana, S. A.), al sur de la ciudad, en la calzada de Tlalpan, que tenían apenas dos años de haberse inaugurado. Ahí se filmaba la película *Ave sin rumbo* dirigida por el estadounidense Roberto O'Quigley, realizador de *Cielito lindo*, quien contaba con el apoyo de su eficaz asistente, Roberto Gavaldón, y de Julio Bracho, supervisor escénico de diálogos, quien tuvo fuerte presencia en la puesta en escena. David, quien derrochaba simpatía, observó atento una de las intensas escenas entre la protagonista Andrea Palma en un nuevo papel de mujer fatal e impura y el galán Arturo de Córdova. Por supuesto, David llamó la atención del realizador con quien intercambió algunas palabras en inglés, idioma que David dominaba a la perfección.

Fue entonces cuando se le ofreció trabajo como extra, mismo que aceptó sin grandes aspavientos. Ese día al salir de Clasa y antes de llegar a su casa, donde les contaría a sus padres lo que había pasado en los estudios y el agradable ambiente que había percibido, se cruzaría con un joven treintañero que participaba apoyando en los diálogos adicionales de *Ave sin rumbo*. Se trataba de Alejandro Galindo, con quien intercambió una fugaz mirada, sin saber que con ello atravesaba un umbral desconocido que lo llevaría a recorrer caminos inimaginables y a triunfar codo a codo con ese joven que parecía más bien distraído.

El aspecto aniñado y juvenil de David, así como su entusiasmo a pesar de las jornadas de trabajo que podían durar todo un día, para figurar unos cuantos minutos, lo colocaron muy pronto en la nómina de los extras de los estudios Clasa a donde había sido invitado tres meses atrás en el pasado enero. Así, en abril de 1937, David debutaba entre la “bola” de comparsas que se movían alrededor de otra hacienda dichosa, la de Santa Lucía, que se mantenía de la producción de caña, en la cinta *Bajo el cielo de México*, diri-

gida por Fernando de Fuentes, notable realizador de *Allá en el Rancho Grande* en 1936 que repetía de nuevo con el fotógrafo Gabriel Figueroa.

Su brevísima participación en *Bajo el cielo de México*, le valió ingresar a la Asociación Nacional de Actores, en calidad de socio activo. Dicha película, de ambiente bucólico, mostraba con eficacia las labores del campo y de los caporales, centrado en uno de éstos, *Juan Manuel* (el argentino Rafael Falcón), enamorado de “la linda, blanca y bonita” Alicia (Wilma Vidal), hermana de la esposa (Rosa Castro) del patrón Arturo que encarnaba Domingo Soler, y en la que, para conquistarla, tenía que pasar por varias vicisitudes como enfrentar al catrín interesado que deseaba una posición más que el amor (Fernando A. Rivero), o la rancherita apodada *La China* (María Luisa Zea), que ama a Juan Manuel. Figuraban también en la cinta Lorenzo Barcelata, Carlos López *Chaflán* y Joaquín Pardavé en el papel de un hebreo-mexicano, como una suerte de adelanto de *El barchante Neguib* o *El baisano Jalil*. Lo mejor sin duda para David Silva, fue la posibilidad de conocer en la fila de las decenas de extras que aquí participaban, a otras futuras estrellas de nuestro cine, que buscaban también una oportunidad, entre ellos Crox Alvarado y José Elías Moreno.

1937. *La Zandunga*

El estreno de *Bajo el cielo de México* estaba previsto para el 12 de noviembre de ese 1937 en el cine Alameda, lo que emocionaba a David: “¡Mi primer película madrecita! Aunque salga entre la bola!”, le había dicho a doña Aída, quien tenía el presentimiento que aquello del cine no iba a quedar en una simple diversión, sobre todo cuando en los primeros días de ese mes David había sido requerido de nuevo por Clasa, para participar como extra en otra película de Fernando de Fuentes, *La Zandunga*, cuyos estelares corrían a cargo ni más ni menos que del galán Arturo de Córdova, a quien había visto en el rodaje de *Ave sin rumbo* y de la preciosa y bien formada potosina de ojos verdes Lupe Vélez, que había saltado del teatro de revista en México, a una promisoría carrera en Hollywood, al lado de figurones de la talla de Douglas Fairbanks, Lon Chaney, Lew Ayres, Victor McLaglen, el mexicano Ramón Navarro e incluso *El Gordo* y *El Flaco*.

Muy temprano, David llegó a la fila de los extras: hombres, mujeres, ancianos y niños que trabajaban en ocasiones desde la seis de la mañana hasta la medianoche, sin derecho a voz ni voto. La mayoría de ellos fueron llevados al área de vestuario con la responsable del área, una mujer muy agradable y activa a la que llamaban Marissa, para probarse sombreros de paja de la región de Tehuantepec, así como pantalones y camisas impecablemente blancas y almidonadas que la producción a cargo de Pedro Calderón había encargado. En ésas estaban, cuando se corrió la voz de que “la niña Lupe”, la mismísima Lupe Vélez, estaba llegando a los estudios. La mayoría de los extras se asomaron a la puerta para verla entrar, escoltada por un séquito de maquillistas, peinadoras y amigos personales, entre los que se encontraba el poeta, periodista y dramaturgo Salvador Novo –quien había colaborado en los diálogos–. Lo curioso es que Lupe saludó a todos por igual.

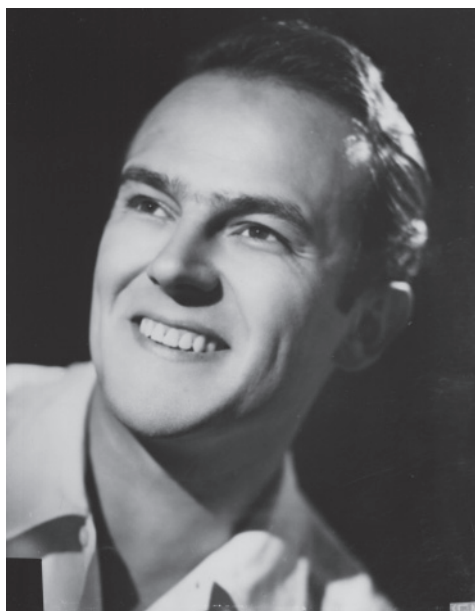
Lupe Vélez mandó besos, guiños de ojos, saludó de mano, repartió algunos autógrafos a los que se acercaron a solicitárselo y agradeció piropos y chillidos. En ese momento, David le sonrió y ella le devolvió la sonrisa con amabilidad, e incluso con un dejo de coquetería y desparpajo. David no lo podía creer y un joven grandote que se encontraba entre los extras, cuyo nombre era José Elías Moreno, le dijo: “Se me hace que esta mujer es muy reata”. “Me canso que sí”, le respondió David.

Durante la filmación, David tuvo oportunidad de platicar con Joaquín Pardavé, que hacía un papel muy gracioso, el del alcalde *Don Catarino* que carga con su bastón de autoridad, una autoridad siempre dudosa. De Córdoba, le pareció un hombre distante, no así la guapísima María Luisa Zea y Lupe Vélez, en quien David encontró una buena amiga, amable y casi maternal, que le otorgó varios consejos, entre ellos que se fijara una meta pero en su país, ya sea la actuación o la carrera de leyes que estudiaba. A diferencia de *Bajo el cielo de México*, David tuvo la fortuna de aparecer en varias escenas. Así, alrededor del minuto 18 de acción de la historia, ambientada en el Istmo de Tehuantepec, justo cuando se enfrentan por vez primera el tehuano Ramón (Rafael Falcón) y el fuereño Juancho, un marinero con acento a medio camino entre el jarocho y el yucateco, que encarna De Córdoba, ya que ambos pretenden a la niña Lupe, puede verse a David al frente de los hombres que observan la discusión. Lupe entra corriendo precipitadamente y lo empuja para colocarse hasta adelante.

Más adelante, en la cantina del pueblo, se ve a David Silva y a José Elías Moreno muy delgado, jugando una partida de dominó y después de unos cuantos segundos, aparece David en la barra del lugar. También, se aprecia al *Gordo* Hernán Vera más bien joven, quien tal vez sea el extra más famoso en la historia del cine mexicano y el que debe tener con seguridad la filmografía más abultada de nuestra industria filmica. Entre las escenas memorables del filme de *La Zandunga*, habría que rescatar aquella en la que Lupe le pone sal a la bebida de tamarindo del rico del pueblo, don Atanasio (Rafael Icardo), quien también la pretende, y que por la noche le lleva “gallo” a la Lupe con marimba; ahí se topa con Ramón, quien le comenta que es “el novio oficial”. Salen a relucir los machetes y llega el alcalde a parar la discusión ante las risas de Lupe, que al otro día se besa apasionadamente con Juancho en el cafetal y que sin duda hizo un estupendo papel, muy suelta y graciosa.

Otra escena insólita ocurre durante los preparativos de la boda de Marilú (Zea), con un amigo de Juancho. Las mujeres la llevan a bañar al río, donde chulean su cuerpo desnudo. De hecho, se alcanzan a ver fugazmente las nalgas y un seno de la bellísima María Luisa Zea. Asimismo, el *Chaflán* se ve gracioso, muele y muele con que sabe un secreto (la llegada de Juancho), cuando todo parece que Lupe acabará con Ramón, quien finalmente se sacrifica y le dice: “Yo quiero verte feliz. Yo perdí y sé perder”, al tiempo que solicita a los músicos que toquen *La Zandunga*, ante la felicidad de la pareja enamorada.

En el compilado *Crítica cinematográfica* de Xavier Villaurrutia (UNAM, 1970), el poeta, escritor, cronista y crítico, escribió sobre ésta: “*Zandunga*, es un film de argumento mediocre, de lento y cansado desarrollo, en que los personajes –sobre todo, aquellos que tienen en el film la función de aparecer graciosos–, dicen frases sin gracia y repiten estribillos...”; en cambio, sobre la protagonista, comentó: “Lupe Vélez [...] hace prodigios para llenar, con una actuación muy expresiva, el vacío de los parlamentos que tiene que decir. La vemos actuar con una soltura, que naturalmente, supera en mucho la que sólo excepcionalmente han logrado algunos de nuestros actores. Lupe Vélez presta –a pesar de los textos y no gracias a ellos–, vivacidad, malicia, e intención a su personaje” (*Hoy*, núm. 58, 2 de abril de 1938), en una crónica que pareciera una puya constante contra el trabajo de Novo y el propio Fernando de Fuentes.



El joven David Silva a finales de los años treinta.



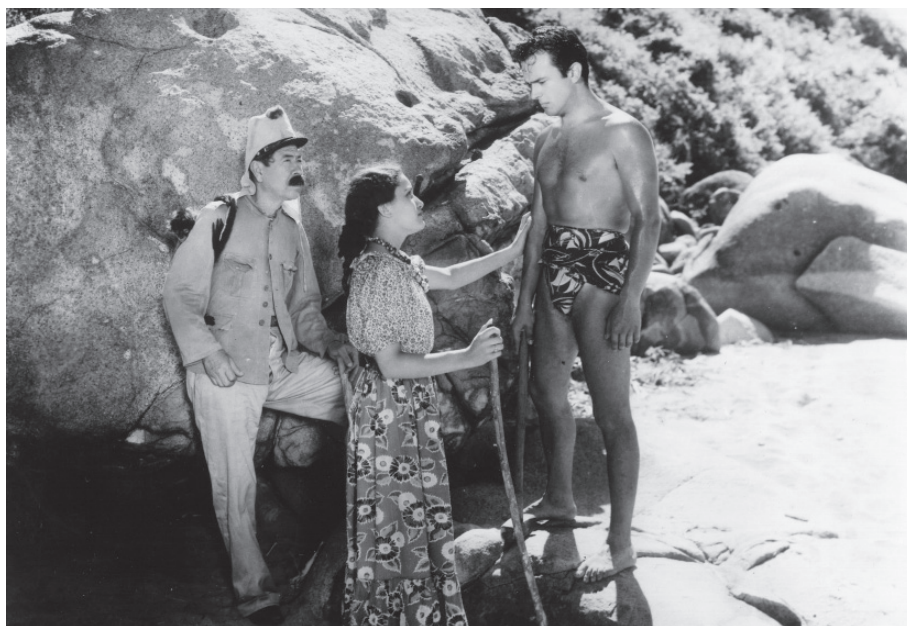
Su primera oportunidad estelar en el melodrama *Viviré otra vez* (1939), acompañado por Alicia de Phillips.



Sara García y David en *La gallina clueca* (1941).



La gallina clueca (1941).



La isla de la pasión (1941).



La isla de la pasión (1941), con Carlos López Chaflán e Isabela Corona.



Ave sin nido (1943).



Ave sin nido (1943). De pie, René Cardona. David al lado de Carmen Montejo y Blanca de Castejón.